

Estudios de la juventud y filosofía de la no violencia: conciencia generacional, ciudadanía y argumentación

Xicoténcatl Martínez Ruiz / Daffny Rosado Moreno
COORDINADORES



COLECCIÓN PAIDEIA SIGLO XXI



*Estudios de la juventud y filosofía de la no violencia:
conciencia generacional, ciudadanía y argumentación*

Xicoténcatl Martínez Ruiz y Daffny Rosado Moreno, coordinadores

Primera edición 2013
D.R. ©2013 Instituto Politécnico Nacional
Av. Luis Enrique Erro s/n
Unidad Profesional “Adolfo López Mateos”, Zacatenco,
Deleg. Gustavo A. Madero, C. P. 07738, México, DF

Coordinación Editorial de la Secretaría Académica
Secretaría Académica, 1er. Piso,
Unidad Profesional “Adolfo López Mateos”
Zacatenco, Del. Gustavo A. Madero, C.P. 07738

Cuidado de la edición: Kena Bastien van der Meer
Diseño y formación: Quinta del Agua Ediciones, SA de CV

ISBN: 978-607-414-357-7

Impreso en México / Printed in Mexico

Índice

Prólogo. Juventud, verdad y no violencia <i>Sonia Bazzeato Deotto</i> <i>Juan Carlos Ruiz Guadalajara</i>	11
Introducción <i>Xicoténcatl Martínez Ruiz</i>	19
Capítulo 1. La no violencia y el otro: una teoría compuesta del multiplismo, la heterología y la heteronomía basada en el jainismo y Gandhi <i>Chakravarthi Ram-Prasad</i>	27
Capítulo 2. Razonamiento moral, prácticas culturales y desigualdades sociales <i>Elliot Turiel</i>	61
Capítulo 3. <i>Ahimsa</i> : la no violencia según los <i>yoga sūtra</i> <i>Elsa Cross</i>	79
Capítulo 4. Las características representativas de la no violencia gandhiana <i>M. P. Mathai</i>	85

Capítulo 5. Filosofía de la no violencia: estudios de la juventud y la ciudadanía <i>Xicoténcatl Martínez Ruiz</i>	95
Capítulo 6. Lógica y compromiso moral <i>Raymundo Morado</i>	113
Capítulo 7. Género, juventud y políticas de prevención y atención para erradicar la violencia que vive la comunidad estudiantil del Instituto Politécnico Nacional <i>Martha Alicia Tronco Rosas</i> <i>Susana Ocaña López</i>	133
Capítulo 8. ¿Es posible la convivencia escolar? Aportes analíticos desde la realidad de la escuela en nuestros días <i>Claudia Lucy Saucedo Ramos</i> <i>Juana María Guadalupe Mejía Hernández</i>	159
Sobre los autores	187

Prólogo

Juventud, verdad y no violencia

Sonia Bazzo Deotto
Juan Carlos Ruiz Guadalajara

Julio del 2012. La escena contiene una notable carga de violencia simbólica que aspira a materializarse en la persona de algún futuro joven profesionalista: a la vera de un camino carretero del centro de México, un anuncio gigantesco invita a egresados de bachillerato a ingresar a la escuela de derecho de una universidad privada. El texto garantiza el éxito profesional, bajo la promesa de formar abogados cuya principal característica será la del “depredador” que arrasa con su presa. El mensaje se complementa con la imagen de un joven, en plenitud de belleza física, que sonrío felizmente ante la provocativa oferta. Aunque minúscula, estamos ante una muestra representativa del tipo de narrativa predominante que intenta, en la mayor parte del mundo contemporáneo y desde diversos espacios de poder político y económico, imponer los horizontes vitales de la juventud, ese sector de la humanidad que sólo en las últimas décadas ha emergido como sujeto social a los ojos de las ciencias sociales.

Como categoría de análisis cultural, la juventud es también una representación histórica y, por lo tanto, cambiante en sus significados y alcances. Lo que hoy entendemos por juventud es muy diferente de lo que se consideró en otras épocas, principalmente las del periodo preindustrial. Sin embargo, la heterogeneidad del concepto no sólo es diacrónica. En medio de los intentos institucionales por establecer los caracteres constitutivos y definitorios de la juventud desde diversas perspectivas (sociales, demográficas, biológicas, jurídicas, etcétera), hoy en día la condición juvenil está marcada por una profunda diversidad de experiencias, expectativas, significaciones y contradicciones, no sólo para quienes pertenecen a ella *de facto*, sino también para

quienes la observan e intentan comprenderla como uno de los fenómenos sociales más complejos del mundo globalizado. Así, el estudio de la juventud nos enfrenta a un universo analítico de carácter polisémico, donde las tensiones entre los conceptos dominantes en torno a la juventud y la manera en que sus miembros procesan, asumen, inventan y resignifican dicha condición social se traducen en escenarios generalmente conflictivos.

En México, por ejemplo, las políticas públicas destinadas a la atención de los jóvenes cuentan con una larga trayectoria, al menos desde 1950, año en que el gobierno federal creó el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana. La imagen de la juventud, construida políticamente por esta institución, se nutrió de ideas que, desde la autoridad, planteaban la formación ciudadana de los jóvenes como un sector necesitado de dominación y disciplina. El joven, como sujeto asimilado en aquellos años a la idea de quien adolece, carece y, por lo tanto, no se puede considerar como un ser socialmente completo, se sintetizó, estigmatizó y sometió a presiones emocionales con la pretensión de encauzar y moldear su identidad desde el poder constituido. Esta política desarrolló, también, el uso nacionalista de la idea de juventud, incluso mediante programas editoriales que incluyeron, entre otros, el libro *Jóvenes ilustres de la historia de México*, de Jesús Romero Flores,¹ quien concebía la historia nacional como una herramienta para inculcar valores cívicos y patrióticos a las juventudes posrevolucionarias. El intento de convertir a los jóvenes en sujetos pasivos, receptores de directrices marcadas desde la autoridad, tuvo una importante dosis implícita de violencia por su naturaleza antidemocrática y fue, sin duda, uno de los principales impulsos de las revueltas estudiantiles que surgieron en diversas partes del país en los años de 1960.

En el nivel mundial, los esfuerzos por incidir en la construcción de las identidades juveniles no han sido exclusivos del poder político. El poder económico es quizá el que con más violencia interviene para tratar de inducir un tipo, supuestamente ideal, de juventud, basado en su domesticación a partir de homogeneizarlos como potenciales consumidores de ciertos bienes materiales y simbólicos asociados a una falsa idea de éxito. Esta modelización de la juventud, hecha desde el mercado, se ha vuelto dramáticamente violenta

¹ Publicado por el Instituto Nacional de la Juventud Mexicana en 1960, como parte de la serie “Biblioteca de la Juventud”. La variedad de autores que participaron en esta colección oficial incluyó, en 1961, al entonces presidente Adolfo López Mateos, quien escribió el ensayo “Una gran juventud para una gran nación”.

en los últimos veinte años con el crecimiento mundial de la sociedad-red, que permite el acceso, prácticamente desde cualquier rincón del planeta, a un hiperflujo de información que impacta con mayor velocidad las prácticas locales y sus relaciones sociales. En este contexto inédito, la respuesta de la población de jóvenes también se ha diversificado, tomando rumbos inimaginables. Frente a una mayor presión hegemónica por imponer, unilateralmente, esquemas y entendimientos de la juventud, ésta se manifiesta y encabeza los últimos movimientos de cambio social en defensa de las libertades políticas y los derechos humanos en ámbitos muy diferentes: desde la denominada “primavera árabe” hasta los indignados de Madrid, pasando por las recientes manifestaciones encabezadas por la juventud india de Nueva Delhi en contra de la violencia hacia las mujeres. Éstos son sólo algunos ejemplos que se han vuelto paradigmáticos de las nuevas realidades juveniles.

Lo anterior también ha causado un impacto profundo en el estudio de la juventud y los enfoques críticos en torno a la definición de la misma. En la actualidad, la teoría social, en Occidente, desarrolla aproximaciones históricas, sociológicas y antropológicas a la juventud con el fin de complementar y trascender los enfoques psicosociales dominantes con que había sido abordada por décadas. La antropología social, por ejemplo, estudia, desde una perspectiva compleja, el surgimiento de las denominadas culturas juveniles, sus lenguajes y códigos, sus expresiones territoriales en el espacio rural y urbano, sus relaciones con el poder, etcétera. Por su lado, la sociología aborda, entre otros temas, la construcción de las identidades juveniles y las múltiples estrategias que los jóvenes desarrollan para establecer márgenes aceptables de inserción social y sobrevivencia, en un mundo donde crece la exclusión económica. Otras áreas de conocimiento, como la pedagogía, la historia y la ciencia política, exploran, desde diferentes perspectivas y mediante estudios de caso, el fenómeno juvenil y sus manifestaciones. Todo el conocimiento generado hasta el momento por la tradición racionalista de occidente ha permitido consolidar a la juventud como un sujeto de análisis social, sin evitar con ello los problemas, e incluso contradicciones, en la identificación de sus fronteras culturales y sociales.

El caso del México moderno es también ilustrativo. Frente a la visión institucional y nacionalista de la juventud, generada por un poder antidemocrático emanado de la posrevolución, el surgimiento de movimientos estudiantiles que, en esencia, reclamaban libertades políticas y participación creativa en la construcción del proyecto nacional permitió percibir a la juventud como un sujeto social emergente a partir de 1968. Las primeras formas de abordarlo

estuvieron marcadas por el análisis de la juventud como agente de ruptura, siempre en diálogo conflictivo con los estigmas y significaciones estereotipadas que reducían el estatuto de juventud a una condición problemática, derivada de la asociación entre juventud, como condición sociocultural, y actitudes que supuestamente le son inherentes (rebeldía, transgresión, inestabilidad emocional, entre otras). Tendencias similares se vieron en los ensayos que abordaron, en los setenta, las manifestaciones juveniles de naturaleza urbana denominadas como “bandas”. Si bien la juventud, como sujeto de análisis, fue cada vez más atendida por las ciencias sociales, lo cierto es que el horizonte de estudio mostró desde el principio una complejidad extraordinaria para lograr un concepto universal de juventud.

Este problema está representado por la definición demográfica de la juventud, adoptada no hace mucho por la mayoría de los países occidentales. En el caso de México, se mantiene la idea formal de juventud como categoría de tránsito entre la niñez y la edad adulta, lo que ha derivado en complejas discusiones jurídicas y sociológicas para definir sus etapas y fronteras vitales. También prevalece la idea de juventud en su relación con diversas vulnerabilidades que le son propias y que se deben atender en función de políticas públicas de prevención y apoyo. Todo ello quedó plasmado en la Ley del Instituto Mexicano de la Juventud de 1999, en cuyo artículo segundo se define como población juvenil aquella “cuya edad quede comprendida entre los 12 y 29 años”. Si bien este criterio permite incluir a la tercera parte de la población mexicana registrada en el censo de 2010, desde una perspectiva sociológica es muy cuestionable, porque padece de indefinición. Existen otras tensiones que el concepto legal de juventud no resuelve como, por ejemplo, la transición entre la minoría y la mayoría de edad, que involucra una condición ciudadana diferente, incluso frente al derecho penal.

Más allá de su conceptualización instrumental de vertiente demográfica y jurídica, lo cierto es que la juventud se mantiene como un fenómeno complejo que involucra la diversidad de experiencias y formas de asumir una condición de vida, en este caso la juvenil, en un mundo sometido a tensiones profundas entre las culturas locales y los intereses del mundo global. En este sentido, el análisis de la juventud se presenta también como un desafío histórico que requiere explorar viejos y nuevos caminos epistemológicos que permitan recuperar y generar conocimiento útil para esa juventud. Es cierto que en los últimos años la ciencia social se ha cuestionado los alcances que, para el denominado “bien común”, puede tener el conocimiento

que genera. El mismo dilema lo tienen las llamadas “ciencias duras”, que igual han servido para la defensa de la vida como para su destrucción. En términos análogos, las ciencias sociales han jugado un doble papel en la tradición occidental, pues además de contribuir al pensamiento crítico se han convertido en ciencias mercenarias al servicio de poderes hegemónicos. La consecuencia más destructiva de esta dinámica de irresponsabilidad de la ciencia social moderna y parte de sus cultivadores ha sido la relativización de la verdad, potenciando con ello la violencia en todas sus manifestaciones.

Así, la verdad y su relación con la juventud se nos presenta como un problema filosófico de dimensiones morales profundas y de urgente abordaje. No está de más reiterar que la juventud mundial, por la magnitud de su población y fuerza vital, se ha convertido en el objetivo medular de la violencia simbólica del mercado, especializado en generar valoraciones específicas de la vida supuestamente “exitosa” mediante representaciones sustentadas en el consumo, así como en construir percepciones e imaginarios que se presentan como verdades y aspiraciones aparentemente incuestionables. El uso de la psicología social, o de las investigaciones antropológicas y sociológicas mercenarias, permite al poder económico detectar universos sociales de consumo en potencia y diseñar mensajes, dirigidos sobre todo a la niñez y a la juventud, basados en la estimulación del hedonismo, el egoísmo, el individualismo y la violencia de género. En un sistema como el actual, el avance de la dualidad *winner versus loser* (ganador *versus* perdedor) resulta alarmante como horizonte del desarrollo o fracaso del individuo. Equivale a la renuncia más inmediata de la condición de humanidad, al abandono de la solidaridad y del ejercicio de la verdad como instrumentos de regeneración social. Al severo y alarmante extravío de la verdad y de las ciencias a comienzos del siglo XXI le acompañan, además, nuevas realidades de carácter planetario, todas producto de la violencia en sus casi infinitas manifestaciones: desde la microfísica de la violencia entre individuos hasta la violencia global ejercida por diversas potencias en la disputa por lo que queda de recursos naturales.

En este contexto, podemos definir el libro que el lector tiene en sus manos como un esfuerzo por explorar nuevas alternativas para el estudio de la juventud, a partir de un diálogo intercultural entre la racionalidad de estirpe occidental y la filosofía generada en las tradiciones orientales, principalmente las de origen indio, cuyas raíces más profundas se encuentran en el principio de *ahimsa*. Este término, proveniente del sánscrito, significa “ausencia de violencia”, y en nuestro idioma se expresa mediante el neologismo no violencia.

Los temas abordados en *Estudios de la juventud y filosofía de la no violencia* se relacionan no sólo por tener como eje de reflexión a la juventud como sujeto histórico-social, sino también por el hecho de plantear campos transversales de investigación-acción: desde la necesidad de educar a niños y jóvenes en la cultura de paz, hasta la formación de la juventud en el uso de herramientas conceptuales y cognitivas que permitan formar ciudadanos lógicos y éticos. Los autores también coinciden en plantear la necesidad de involucrarnos, como sujetos activos, en la formación de una cultura de la participación social, proceso que pasa necesariamente por el esfuerzo de regenerar la conciencia individual y colectiva, condición de posibilidad de un cambio cultural que resulta impostergable ante los múltiples factores que conspiran contra la no violencia. De ahí que el análisis de los espacios y las vías de realización de la violencia, explícita o sutil, nos lleve a reflexiones sobre la manera en que participamos en ese despliegue destructivo.

El libro recopila diversas aproximaciones analíticas a la juventud y sus posibles relaciones con la no violencia, lo cual permite plantear vínculos profundos con el pensamiento de Mahatma Gandhi, si bien algunos autores lo hacen de manera explícita en su argumentación. De este modo, el lector puede intentar construir, como parte del diálogo entre la racionalidad occidental y la filosofía india, una visión gandhiana de la juventud como vía de acción y transformación de su entorno inmediato. La propuesta consiste en recuperar diversas prácticas experimentadas por Gandhi en su búsqueda de la verdad a través de la no violencia activa. Se trata de asumir, como primer paso en el camino de la transformación social, la regeneración de la conciencia individual mediante un trabajo profundo que involucre mente, corazón y manos (pensamientos y prácticas). Desde la perspectiva del Mahatma, la transformación del individuo es una posibilidad a la cual todos pueden tener acceso; es el poder de la intención que se manifiesta en la acción, más allá de las diferencias entre culturas, generaciones y género. La fuerza de la verdad (*satyagraha*) y la no violencia (*ahimsa*) fueron para Gandhi dos caras de la misma moneda; prácticas fundamentales para que la transformación de la conciencia individual y colectiva se pudiera expresar de manera sólida y constructiva.

La práctica de *ahimsa* también implica comprender la interdependencia de todos los seres del planeta como principio de respeto hacia todas las formas de vida. Se trata de un fundamento esencial cuya realización efectiva es capaz de crear condiciones dignas de existencia. En un mundo como el

nuestro, saturado de violencia, verdadera y simbólica, promovida por medios masivos de difusión electrónica al servicio de la domesticación de los pueblos, comprender nuestro estado de interdependencia equivale a un primer paso frente al estado de emergencia que vivimos como especie. Cada joven, por ejemplo, tiene la posibilidad de revertir dicha domesticación, utilizando la misma tecnología para promover una cultura de paz mediante la práctica de la no violencia en su búsqueda de la verdad. En tanto prácticas individuales, la verdad y la no violencia son, también, prácticas universales, sin fronteras, por lo que se pueden experimentar en todo el mundo y en el seno de cualquier sociedad (es un estereotipo clasificar la búsqueda de la verdad a través de la no violencia como un fenómeno de carácter puramente oriental). Verdad y no violencia implican renuncia, disciplina y fuerza de voluntad, aunque no hay una receta para practicarlas: son, en conjunto, la fuerza del amor en acción, un esfuerzo por superar el ego que, paso a paso, se transforma en el gozo del crecimiento del ser y del hacer.

Violencia y no violencia (*himsa* y *ahimsa*) han coexistido desde los orígenes de la historia humana. Si bien hasta hoy la no violencia ha prevalecido (prueba de ello es que todavía existimos), es innegable la inédita situación de extrema vulnerabilidad en que se encuentra el hombre, amenazado por una real posibilidad de autodestrucción. De ahí que una de las tareas principales que debe asumir todo individuo, cuanto más los jóvenes, es entender el verdadero concepto de la sobrevivencia y actuar de acuerdo con él. Los practicantes de la verdad y la no violencia siempre han sido considerados rebeldes frente a los paradigmas dominantes en diversos contextos históricos. Por ello, una de las labores irrenunciables de la juventud es la de romper con tales paradigmas como vía para concientizar a los pueblos. No es exagerado afirmar que la sobrevivencia del hombre depende de la victoria de la no violencia y, por lo tanto, del predominio de la verdad y su fuerza transformadora. Es una antigua lección que Gandhi transmitió al afirmar: “No tengo nada que enseñar al mundo: la verdad y la no violencia son tan antiguas como las montañas”.² Por tanto, es nuestro deseo que estos *Estudios de la juventud y filosofía de la no violencia* se conviertan, para el lector (joven, adulto o anciano), en un espacio de reflexión-acción que contribuya al inicio de su transformación individual en un constructor de paz.

² “I have nothing new to teach the world. Truth and Non-violence are as old as the hills.” *Harijan*, marzo 28 de 1936.